

Autor: Rubén Darío Buitrón*
Título: SEMBRAR DUDAS Y AFECTOS
Lugar: Quito, 2008
Producción: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net
Nota: Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

SEMBRAR DUDAS Y AFECTOS

“La manera en que hagas tu trabajo determinará la forma en que la gente comprenderá la realidad”. Lo dice James Natchwey, uno de los mejores reporteros gráficos del mundo.

La propuesta ética y filosófica de Natchwey se expresa en el famoso documental “Fotógrafo de guerra”, un documental conmovedor donde cada palabra, gesto y actitud del maestro invitan a una profunda reflexión sobre el deber de quienes estamos en el oficio y a ratos tenemos la sensación de que estamos perdiendo el rumbo.

Natchwey, nacido en Estados Unidos en 1948, es un testigo de su tiempo. Solitario, vagabundo, con una altísima sensibilidad social y un elevado manejo de la ética, es el Kapuscinski de la fotografía.

Ha vivido de cerca, incluso a riesgo de su vida, las trágicas experiencias fratricidas en Kosovo y Bosnia. Ha estado en Indonesia registrando los abismos espeluznantes entre la riqueza arrogante de unos pocos y la pobreza infernal de miles de millones de habitantes.

Como Kapuscinski, vivió en África. Documentó la irracional matanza de millones de personas en Ruanda y el avance apocalíptico del Sida en las regiones más miserables del continente.

“El periodista debe ser humano, con un sentido social profundo”, dice Natchwey. Y lo muestra en su práctica cotidiana. Revela al mundo que la realidad no es como la disfrazan sino como lo que es. Revela que muchos medios pasan de largo o deciden ignorar el dolor, el sufrimiento, el hambre, las epidemias, la contaminación. Revela que el periodismo debe situarse lejos del poder (político, económico, jurídico) y ejercer el rol de contradictor, de cuestionador, de sembrador de dudas.

* Periodista y escritor. Es editor metropolitano de Diario Expreso. Ha sido Editor General de diario El Universo, jefe administrativo de Redacción en El Comercio y editor nacional de Diario Hoy. Ha trabajado como director de noticias en canales de televisión, jefe de redacción y redactor especial en varias revistas y catedrático universitario. En literatura ha publicado tres libros y en periodismo, uno. Ha ganado el premio nacional de periodismo Jorge Mantilla Ortega y el premio nacional en cuento Pablo Palacio.

“Si a Vietnam no hubieran ido fotógrafos y periodistas honestos nunca se habría conocido el horror que se vivió allí”, sentencia Natchwey: es la reflexión que un día lo llevó a decidir que su vida sería contar los hechos más dolorosos del mundo mediante la fotografía documental.

Vivir, sentir, oler, escuchar. Acercarse con respeto a las personas, en especial a las que menos tienen, a la gente que nunca ha tenido voz.

Natchwey enseña que el buen periodista no elude la realidad. La dice aunque duela: “Hay otra sociedad paralela que vive, ama, sufre y lucha, pero no está en los medios”.

Critica que el periodismo no se empapa de vida y que se deja atrapar por la moda del jet set, los famosos, la farándula, el sexo.

“Si el periodista no lleva en su cabeza la biblioteca del sufrimiento es parte de una profesión enferma, a la que parece no importarles lo que ocurre más allá de sus narices”.

Natchwey clama porque acabemos con la indiferencia, porque nuestro trabajo sirva para que la gente reaccione, no pueda dormir, actúe.

Afirma que en todas partes “el discurso oficial suele mentir, tapar, disfrazar”. Por eso el periodista debe investigar, ser riguroso, perfeccionista, socialmente comprometido.

Cuando la prensa y los políticos privilegian los decires por sobre los haceres, cuando la sociedad no confía en sus líderes pero tampoco en los medios, cuando los fanatismos de uno y otro lado enceguecen, cuando la tolerancia mutua ha perdido su rumbo, vale volver a la filosofía de Natchwey.

Hemos vuelto a ella ahora que los gobiernos de Ecuador y Colombia viven una crisis diplomática a partir del 1 de marzo de este 2008 cuando se produjo un ataque militar colombiano a un campamento guerrillero de las FARC en territorio ecuatoriano.

Y, entonces, con Natchwey nos preguntamos cuál ha sido y es, cuatro meses después del incidente, el papel que hemos jugado los periodistas para, como lo dice, “vivir, sentir, oler y escuchar” en función de la responsabilidad que llevamos sobre nuestros hombros: “La manera en que hagas tu

trabajo determinará la forma en que la gente comprenderá la realidad”.

Pecados del periodismo

En Ecuador, la crisis diplomática desnudó una realidad: la prensa no estaba suficientemente preparada para informar sobre un conflicto diplomático donde pesan la influencia de Estados Unidos, el equilibrio geopolítico continental y la guerra fría entre el neoliberalismo o libre mercado y el populismo socialista.

El problema con Colombia venía madurando hace rato y los periodistas y medios no alcanzamos a prever.

¿Teníamos idea de los graves efectos colaterales de la guerra interna en el país vecino? ¿Creamos dentro de los medios espacios para reflexionar sobre el tema? ¿Pensamos y diseñamos puestas en escena para que los ecuatorianos comprendieran la compleja dimensión de esa realidad? Todo indica que no.

El Plan Colombia empezó hace ocho años, en el 2000, con fuerte apoyo de la Casa Blanca y un presupuesto inicial de 3.000 millones de dólares.

El programa, cuya segunda parte ya en ejecución se denomina Plan Patriota, es un ambicioso y controvertido proyecto para disminuir la producción de drogas ilegales y resolver el conflicto armado.

El elemento más controvertido, antes de que ocurriera el ataque a territorio ecuatoriano, fueron las fumigaciones aéreas para erradicar los cultivos de coca en extensos lugares selváticos de la frontera común. Las dispersiones afectaron gravemente a ciudadanos ecuatorianos que habitan en esa zona.

Según reportes científicos, las críticas se deben a que el glifosato, un poderoso químico, produce daños a los cultivos lícitos y tiene consecuencias fatales para los campesinos que quedan expuestos a los herbicidas.

Los detractores del Plan alegan que parte de la ayuda económica y militar norteamericana ha

llegado a fuerzas de seguridad comprometidas con grupos paramilitares que, igual que los grupos guerrilleros, atentan contra civiles y movimientos sociales, secuestran, torturan, matan a quienes consideran opositores a ellos o colaboradores de sus enemigos.

Era previsible que el Plan trajera consecuencias para el Ecuador: la más dramática, que la prensa nacional sí ha registrado con amplios despliegues pero olvidando el contexto en que se produce, ha sido el desplazamiento de miles de colombianos que han cruzado la frontera y hoy viven en el país en calidad de desplazados.

Ellos dejaron atrás el miedo a las masacres, los asesinatos y los secuestros, pero encontraron acá una vida de limitaciones e incertidumbres, ahora mucho más difícil por las tensas relaciones entre los dos regímenes.

¿Por qué la prensa y los periodistas ecuatorianos no alcanzamos a dimensionar los graves efectos del conflicto?

Es una pregunta cuya respuesta quizás está en la manera en que cubrimos los hechos y en la trampa en que solemos caer cuando los políticos y los poderes nos imponen su agenda, generalmente marcada por la inmediatez, el golpe de efecto, el escándalo, la declaración altisonante.

Un Estado cuyos dirigentes no planifican, no prevén, no anticipan, no visualizan el futuro y el destino de sus habitantes difícilmente podrá ocuparse de mirar más allá de sus narices y dejará que la sociedad, en su conjunto, sufra las consecuencias de la imprevisión, la irresponsabilidad y la demagogia.

Los sucesivos gobiernos ecuatorianos, incluido el actual, han pecado de negligentes y de poca visión estratégica. En su momento hablaron de la urgencia de desarrollar "fronteras vivas" y aplicar un presunto Plan Ecuador cuyas líneas maestras hasta ahora no terminan de delinearse.

¿Y los medios? Con pocas excepciones, los periodistas fuimos dejando el tema "para después", como si Colombia estuviera lejos, y dimos prioridad a la tradicional agenda doméstica donde la retórica política, la macroeconomía, la farándula y el fútbol profesional son la noticia de hoy que mata la de ayer.

Aquí están las consecuencias. El ataque al campamento de las FARC en el Ecuador nos sorprendió a todos y es inocultable la polémica acerca de qué tipo de información y cobertura debimos y debemos dar a la crisis.

En un país casi partido en dos, donde los políticos se frotan las manos cuando logran que estallen las pasiones y los fanatismos ideológicos y estos se enfrenten a lo que el gobierno considera obstáculo para acumular más poder, los periodistas estamos en una encrucijada: nos califican de “izquierdistas” si, por ejemplo, criticamos las entrevistas que medios ecuatorianos hacen al presidente de Colombia, Álvaro Uribe, sin confrontación argumental ni cuestionamientos de fondo, pero nos califican de “derechistas” o “uribistas” si la información está orientada a que se investiguen los supuestos vínculos entre las FARC y políticos cercanos al régimen del presidente Rafael Correa.

No falta quienes ven fantasmas “antipatrias” o patrioterros en determinadas coberturas e informaciones.

¿Un problema de visión política? Quizás. Pero también un problema del periodismo ecuatoriano: nos falta equilibrio y cabeza fría, confundimos pasión por el oficio con pasión por la ideología. Así confundimos a nuestros lectores y a la sociedad. Y es probable que, por lo mismo, cuatro meses después de ocurridos los hechos, muchos ecuatorianos aún no entiendan el contexto pasado y presente y los posibles escenarios futuros.

Volvamos al tema de la cobertura al presidente Uribe. Medios televisivos y radiales siguieron la iniciativa de uno de ellos y en una semana el mandatario colombiano pasó por al menos diez de esos medios.

Obviamente, fue una táctica de comunicación que vino desde el Palacio de Nariño y que no cabe satanizarla como tal, pero sí cuestionar a quienes no estaban preparados para realizar una entrevista con las técnicas adecuadas y la documentación pertinente.

Es cierto que los manuales básicos del periodismo obligan a la prensa, como mecanismo de ejercicio ético, exponer no solo un punto de vista (en este caso, el del gobierno ecuatoriano) sino otras consideraciones y opiniones. Es la mejor forma de armar el escenario redondo para entenderlo a fondo.

Sin embargo, la mayoría de periodistas que entrevistaron a Uribe confundieron respeto con reverencia, equilibrio con sumisión, objetividad con silencio, exclusividad con actitud pasiva.

Por ese trabajo deficiente, los asesores del Palacio de Nariño lograron su meta: posicionar en la opinión ecuatoriana “la razón de Estado” para atacar territorio extranjero y dejar en el imaginario nacional la imagen de un Uribe fraterno, simpático, amigable, tolerante y de manos generosas. Lo hicieron, paradójicamente, con la ayuda no del periodismo colombiano, tan alineado con su gobierno, tan “militante”, sino de la prensa ecuatoriana.

Pero no fue la única fisura por la cual se intentó bajar de perfil el rechazo nacional a un ataque que no contó con el permiso ni el conocimiento de los mandos militares de nuestro país.

Lo peor de la crisis, en esta mirada periodística autocrítica, ha sido, al menos hasta hoy, la actitud de ciertos medios nacionales, en especial periódicos y canales de televisión, que repitieron o reprodujeron supuestas noticias publicadas en la prensa de Colombia, Estados Unidos y España sin filtros, verificación y consultas a los actores denunciados en esas informaciones.

Parecería que muy pronto olvidaron los tristes episodios protagonizados por los diarios El País, de España, o El Tiempo, de Bogotá, donde quedó en evidencia la falta de rigor periodístico y la voluntad editorial de apoyar la tesis colombiana.

Hacer periodismo no es citar textualmente y en titulares de primera página, sin ningún rigor de comprobación y sin contrastarlas, las denuncias de diarios norteamericanos que están vinculados a sectores políticos y económicos muy poderosos en Estados Unidos.

Más que eso, resulta poco profesional abandonar la responsabilidad propia de hacer periodismo y dejar que los espacios que corresponden al trabajo del medio lo ocupen otros mediante especulaciones disfrazadas de periodismo bajo el paraguas de periódicos mundialmente prestigiosos.

Pero en este caso el problema, cabe insistir, no es de ellos sino del periodismo ecuatoriano. Hemos sido nosotros quienes tomamos la decisión de copiar las informaciones y darles sobreexposición sin preguntar lo básico: de dónde obtuvieron la versión, quiénes son las fuentes, en qué documentos se

apoyan, por qué usan “fuentes ocultas” bajo el pretexto (poco profesional) de que “prefieren el anonimato” o que son “muy confiables”.

¿No fue justamente eso lo que lamentamos del diario El Tiempo de Bogotá o El País de España cuando lanzaron informaciones que luego tuvieron que rectificar? ¿Nos falta sentido crítico, sagacidad, saber leer entrelíneas antes de entusiasmarnos con lo que afuera se dice del Ecuador? ¿Creemos que ser “antigobiernistas” nos da derecho a publicar cualquier cosa que afecte a ese gobierno?

Es curioso ver cómo algunos medios nacionales asumen como verdades irrefutables todo aquello que publican “los prestigiosos periódicos” de afuera, mientras los propios colombianos, por ejemplo el periodista y ex canciller Rodrigo Pardo, califican la actitud de gran parte de la prensa de su país “como absolutamente funcional al gobierno de Uribe”.

Entre los pecados del periodismo hay dos que son mortales: la perversidad y la ingenuidad. Estamos sembrando el camino al infierno.

Los “patriotas” y el error de Diario El Tiempo

¿Cuál es la relación entre la verdad oficial y el silencio mediático? ¿Cuál debe ser la actitud de un periodista en un conflicto internacional que involucre a su país? ¿Cuál es el límite entre la información que al poder político le conviene divulgar y la información que la prensa tiene la obligación de investigar y publicar? ¿Cambian las normas éticas del ejercicio periodístico cuando está en juego la llamada “soberanía nacional”?

Al periodismo le corresponde registrar los hechos tal como se producen y, en otros espacios claramente definidos, analizarlos y opinar sobre ellos.

Le corresponde buscar la verdad con honestidad y equilibrio, acercarse a la realidad, sentirla, comprobarla, confrontarla y contarla.

También le corresponde -por pedagogía social- contextualizar, profundizar, relacionar presentes con pasados, proyectar escenarios futuros sobre datos verificados y verificables, fuentes fidedignas y confiables (que, de preferencia, den la cara y no se escondan), cruce de versiones, análisis de

documentos y puntos de vista.

Le corresponde, además, no quedarse solamente en el relato de los hechos coyunturales sino ir más allá, indagar, con responsabilidad y sin autocensuras presuntamente “cívicas”, los porqués y cómo de esos hechos.

Los maestros del periodismo suelen decir que “en un conflicto internacional, la primera víctima es la verdad”. ¿Cuánta resignación esconde esa supuesta teoría incontestable? ¿Cuánto conformismo? ¿Cuánta posible complicidad y cuántas probables omisiones? ¿Cuánto mal entendido patriotismo? ¿Cuánto renunciamento a la esencia ética del oficio?

El conflicto Ecuador-Colombia ha desnudado la serie de confusiones, errores de perspectiva e intencionalidades en torno a la batalla mediática oficial.

Desde el lado ecuatoriano, los “patriotas” piden a los medios y a los periodistas que nos unamos para contrarrestar el bombardeo informativo internacional que privilegia las versiones del gobierno de Uribe.

Pero esos “patriotas” están equivocados. A los periodistas les corresponde informar, confrontar, investigar, poner en evidencia, revelar. En ningún caso convertirse en reverentes voceros de un gobierno, de ningún gobierno.

Los “patriotas” olvidan que los problemas deben empezar por resolverse en casa: ¿qué espera el régimen de Correa para diseñar y poner en marcha una política estatal de comunicación? ¿Hasta cuándo los funcionarios cercanos al Presidente siguen pensando que la información y la comunicación se resuelven con millonarios dispendios en cuñas de radio y televisión donde hay más lirismo que sustancia?

Otra cosa es lo que hicieron medios internacionales que, según el mercadeo mundial, tienen una “excelente reputación”: El Tiempo de Bogotá y El País de España.

El diario colombiano se ha mostrado como una prensa oficialista que olvida su ética y su rol social y asume como propias las versiones basadas en “documentos de inteligencia militar” supuestamente irreprochables y no necesariamente comprobados.

El gigantesco error (¿error?) del diario El Tiempo al publicar una supuesta foto del ministro ecuatoriano Gustavo Larrea con el guerrillero Raúl Reyes, justamente el día en que se reunían los embajadores de los países de la Organización de Estados Americanos (OEA) para resolver el conflicto, muestra el daño que se hace a la verdad y a las sociedades cuando se asume que “ser patriota” está por sobre la obligación de contar la realidad y no enmascarar “la razón de Estado” con noticias “bomba” que luego tienen que ser tímidamente rectificadas.

En el caso del reportaje de diario El País, de España, con titular en portada y un despliegue de tres páginas en el interior, se trata de una ligereza llena de arrogancia o de una estrategia de malas intenciones para favorecer en Europa la tesis de Uribe.

Publicar todo un “reportaje” que asegura que todo el Ecuador es un “santuario de guerrilleros y terroristas” es, para empezar, una mentira. Luego, una infamia y, finalmente, una tragedia para el periodismo independiente: la nota, según los directivos de El País, se basó en el testimonio de un ex guerrillero que no sabemos si existe, a lo que se añaden informes sesgados, fuentes ocultas y datos no confrontados (la periodista que firma la nota, Maité Rico, la escribió desde Bogotá y no vino al Ecuador para cruzar la información que tenía en sus manos).

La prensa independiente no puede jugar a la guerra sino a la paz. Y no por capricho ni decisión arbitraria, sino porque la paz es el bien común de un pueblo, en este caso de dos, y porque un periodismo patriota o patriotero solo ayuda a consolidar un poder político cuestionable por sus propias formas de intentar mantenerse allí.

La prensa independiente debe exigir transparencia al poder: los periodistas no dejan de amar a la patria cuando revelan hechos que el poder no puede ni debe negar. Y tampoco aman a la patria cuando mienten en función de un interés geopolítico.

Así que el “periodismo patriótico”, si existiese, debiera ser un trabajo desde la ética y los hechos concretos, no desde el chauvinismo o desde las emociones.

Amenazas y alineamientos

Los hechos y las realidades cotidianas, y en especial sucesos graves como el que nos ocupa en este

ensayo, nos llevan a reiterar que el poder no entiende al periodismo cuando este actúa bajo su paradigma más esencial: el de la independencia.

Tiene razón el periodista italiano Furio Colombo cuando afirma que “si los políticos se quejan de la prensa en realidad se están quejando de que no se les hace partícipes de las decisiones editoriales de los periodistas y de no haber tenido la oportunidad de usar los espacios para sus propios fines”. En la historia periodística del conflicto Ecuador-Colombia tendrá que quedar registrada no solo la actitud ingenua o perversa de ciertos medios en función de la tesis oficial colombiana, sino también la conducta absurda de quienes manejan el gobierno ecuatoriano.

Cuando se producen crisis graves como esa, los ciudadanos esperan de sus líderes firmeza, pero, sobre todo, transparencia y autocrítica: eso no ocurrió con el presidente Correa y sus funcionarios. Presionado por lo que algunos llaman “opinión pública” y por la cantidad de informaciones en su contra que circulaban en el exterior, el gobierno de Correa respondió con la estrategia del avestruz.

Sin considerar el riesgo de caer en el apresuramiento, la injusticia y el abuso, el Presidente, sus ministros y algunos asambleístas de su movimiento político amenazaron con investigar a los periodistas que publiquen detalles “no oficiales” del hecho que desencadenó la crisis.

Irónicamente, las amenazas y advertencias ocurrieron pocos días después de que, tras 14 meses de campaña del Primer Mandatario en contra de los medios, sin distinguir ni matizar, dejó su discurso descalificador y pidió ayuda cuando se dio cuenta de que necesitaba a la prensa (a la misma que había llamado “mediocre, corrupta y mafiosa”) más que a su repetitiva herramienta de comunicación basada en cuñas propagandísticas y espacios mediáticos gratuitos.

En el conflicto con el Perú (años 90) los medios realizaron un excepcional trabajo porque hubo periodistas y directivos que enfrentaron la crisis de manera serena y visionaria.

El gobierno de entonces (Sixto Durán Ballén) tuvo un solo acierto en materia de comunicación: dejar en libertad a los medios para que publiquen cualquier información sobre el problema limítrofe y convocar a un equipo de periodistas independientes a que impulsen estrategias informativas pluralistas y pedagógicas. Así de simple.

Pero ahora, en medio de la confusión del régimen frente a su incapacidad mediática para afrontar el revés con Colombia, la vieja burocracia convertida en la nueva política vuelve a la carga: ministros reencauchados de anteriores regímenes (denostados por Correa como “la nefasta partidocracia”) dijeron que publicar informaciones que no estén de acuerdo “con la línea del régimen” podría considerarse como “un delito contra la Patria”.

Fue un grave error del Gobierno. El país mediático no se divide entre patriotas y antipatriotas. Se divide -en tiempos de altisonancias, prepotencias y cacería de brujas- en periodistas independientes, periodistas que se sirven del escándalo para atacar al Gobierno y periodistas funcionales al régimen (ellos sí, patrioterros).

¿Quiénes son y qué hacen, en este caso, los periodistas independientes? Son los que van más allá de la información oficial, los que no se convierten en cajas de resonancia ni del Gobierno ni de la oposición interna ni de los ataques externos.

Los independientes dudan de las contradicciones y los ardidés gubernamentales e intentan contar los hechos, apegados lo más posible a la verdad, investigando, chequeando, confrontando, diversificando fuentes, confrontando, desnudando los entretelones.

La crisis, en todo caso, reveló nuestras debilidades como periodistas: los anti-Correa buscaron cualquier indicio para golpear su credibilidad y demostrar la supuesta relación del “eje Chávez-Correa”.

Los patrioterros caminan con antorchas encendidas y banderas tricolores alrededor de su cuerpo, sus micrófonos, sus cámaras y sus computadores y no tienen vergüenza de poner informaciones supuestas que al otro día tienen que desmentir o rectificar. En este caso también son, como las de Uribe y su prensa alineada, “razones de Estado”.

Dos semanas después del ataque, los ecuatorianos escuchábamos atónitos a un funcionario gubernamental, el ministro Gustavo Larrea, invocar “el profesionalismo de la prensa ecuatoriana” con el fin de “luchar juntos contra la campaña mediática internacional para desprestigiar al Gobierno”. Esto no es más que un cinismo si viene de quienes se han mostrado arrogantes y agresivos contra la prensa en general.

Y resultaba cínico también porque no era necesaria la invocación: los medios y los periodistas independientes, cumpliendo su deber con la sociedad y no con el Gobierno.

Ya estaban luchando por informar sin pasiones chauvinistas y con el equilibrio que demandan casos delicados como estos. Los medios y los periodistas que no se deben a un lado ni al otro abrieron espacios de reflexión nacional sobre el ataque, sus consecuencias y sus entretelones.

Así que si algo tenía que investigar el Gobierno, por su propia reputación y por la confianza que una mayoría de ecuatorianos aún tiene en él, son los enredos y desconciertos de funcionarios incapaces de valorar el pluralismo informativo de los medios que cumplen su rol social y profesional de manera mucho más responsable que la de un régimen que aún no alcanza a entender lo que significa comunicar.

En la otra orilla no sucede algo distinto en torno a cómo el poder político concibe el trabajo de los medios en un conflicto, aunque allá la prensa no ha necesitado presión para alinearse.

El periodista José Manuel Martín Medem escribió para la agencia EFE una nota que revela cómo el poder político colombiano reclama de los medios “el periodismo patriótico”.

Martín subraya la estrategia de uno de los asesores de Uribe, José Obdulio Gaviria: “Con prudencia y patriotismo, los medios le prestarían un gran servicio a la política de seguridad democrática no profundizando mucho”.

De hecho, según comentó el periodista ecuatoriano Juan Carlos Calderón, una editora de la revista Semana confesó en un foro de la Universidad Andina en Quito que, luego del ataque, el medio tenía listo un informe sobre las diez incoherencias de Uribe en el hecho del 1 de marzo y estaba por publicar cuando el presidente venezolano Hugo Chávez mandó tropas a la frontera con Colombia. Esta situación hizo que los dueños de la revista dieran un paso atrás y decidieran no publicar ese informe “para no agravar las cosas”.

La relación impúdica entre los grandes medios y el poder político no es nueva. Como ejemplo, el propio Martín Medem relata que hace diez años el entonces presidente Ernesto Samper le dijo que “la televisión privada se la vamos a dar a los dos grandes grupos económicos del país, como debe ser”, pero, a cambio, Samper reclamaba “un periodismo patriótico”.

Más adelante, durante su primer mandato, Uribe convocó a dueños y editores de prensa escrita, radio y televisión para decirles que iba a organizar operaciones encubiertas en territorio venezolano y que contaba con la colaboración (ojos cerrados, oídos tapados y boca con candado) del “periodismo patriótico”.

Martín explica que “semejante complicidad ahora incluye a corporaciones españolas como Planeta y el Grupo Prisa, que compraron El Tiempo, el diario más importante de Colombia, y la cadena radiofónica Caracol, que se atribuye la mayor audiencia nacional”.

¿Por qué tantos medios tragan entero y con tanta frecuencia lo que les dice Uribe? Se pregunta Martín: porque su Gobierno tiene la posibilidad de renovar o cancelar las concesiones de televisión (RCN y Caracol) para los dos grandes grupos económicos colombianos (Ardila Lulle y Santo Domingo) y porque está en juego la licitación de un tercer canal que esperan conseguir Prisa y Planeta.

Un sondeo de la revista Cambio indica que el 67 por ciento de colombianos se informa a través de la televisión y solo un 23 por ciento mediante la prensa escrita y la radio.

Según una encuesta realizada desde Bogotá por el Observatorio de Medios de la prestigiosa Universidad de la Sabana, el 80 por ciento de los periodistas colombianos considera que “el Gobierno de Uribe tiende a manipular la información”, el 34 por ciento denuncia que ha recibido amenazas de muerte y el 40 por ciento reconoce que “se adapta a los criterios de la empresa” para no perder su puesto de trabajo.

Martín Medem recuerda que Planeta comparte El Tiempo con la familia Santos (la misma del vicepresidente Francisco Santos y el ministro de Defensa, Juan Manuel) y Prisa se ha asociado con los tres diarios más influyentes (El Colombiano, El País y Vanguardia Liberal) en su candidatura para el tercer canal de televisión.

Como advirtió el Círculo de Periodistas de Bogotá, dice Martín, “el público estará mejor servido con una información escéptica con el poder político que con una prensa cómplice”.

El desastre del periodismo patriótico

“El tema de mi vida es la gente. El tercer mundo no es un término geográfico ni racial sino existencial. La gente suele ser silenciosa, así que necesita que alguien hable por ellos. Esta es una de las obligaciones morales que tenemos los periodistas. El poder sabrá cómo habla y ayudarlos no nos compete a nosotros”. El pensamiento del insigne periodista polaco Ryszard Kapuscinski es oportuno para este tema.

En una larga conversación para Diario Expreso con el maestro colombiano Javier Darío Restrepo un mes después del ataque, llegamos a la conclusión de que el “periodismo patriótico” o “el nacionalismo periodístico”, como lo llama él, solo ha traído desastres.

¿Cuál es el principal desastre? “Que impide a la sociedad pensar con inteligencia y la llena de emociones y sentimientos no racionales”.

Restrepo se sorprende con el ya famoso “error” de Diario El Tiempo, cuyos propietarios y directivos, como lo muestra más arriba el periodista español José Manuel Martín, tienen relaciones incestuosas con el poder político.

Se sorprende y lo condena porque dice que hay una norma que los códigos de ética están repitiendo constantemente y es la necesidad de que el periodismo tome claras distancias con el poder.

“No obra correctamente un periodista o un medio que apoye a cualquier poder, sea gubernamental, religioso, político, económico, lo que sea”.

¿Por qué? “Porque el papel del periodismo es ser crítico del poder, pero para que pueda ser crítico del poder debe saber poner distancia tanto con la verdad oficial como con la oposición cerrada. No cabe en un buen periodismo que se oponga a ciegas ni que acepte cualquier versión a nombre de que hay que contribuir con la patria”.

El conflicto con el periodismo, reflexiona Restrepo, se produce cuando el concepto “patria” está vinculado a intereses personales o de grandes poderes económicos. Desde esos intereses y poderes se manipula el concepto y se juega con elementos sentimentales y afectivos de la sociedad. Eso no es ético.

“Cuando hay guerra o crisis diplomáticas hay confusión. En esos momentos es cuando necesitas hacer el mejor periodismo”, dice el maestro: “El periodista tiene que contribuir a desvirtuar la confusión con claridad y sobre todo con honestidad en la información. Si hay una información clara y honesta contribuyes a la paz. Esta es la gran deuda de los periodistas y los medios cuando abordan conflictos”.

Hay, sin embargo, quienes dicen que el periodista es un ser humano y que, por tanto, tiene sentimientos, en este caso “patrióticos”... Restrepo lo niega e insiste en que el nacionalismo ciego solo ha traído desastres porque impide que la gente piense inteligentemente y la lleva a pensar únicamente con los sentidos, juega con su sensibilidad y nubla su pensamiento.

“En cuanto a los sentimientos personales del periodista, “justamente en épocas como esta se requiere que el periodista, aunque ame su país, su tierra y su gente, vaya más allá de sus sentimientos y sienta la necesidad de contar a la población lo que esta necesita saber para entender mejor el problema y no para agravarlo o crear enemigos falsos”.

El alineamiento con la “razón de Estado” tampoco cabe en la ética de Javier Darío: “el periodismo jamás debe alinearse ni con gobiernos ni con nociones o conceptos. Debe alinearse con la población y con el objetivo de prestar un mejor servicio a esa población. En ese sentido el periodista cumple una función irremplazable porque generalmente la mayoría de personas tienen intereses que de alguna manera los limitan a la hora de hacer crítica. El periodista debe ejercer la crítica de una manera independiente, incluso a costa de sus afectos personales. Esta virtud de la independencia lleva al periodista por encima de cualquier discusión, de cualquier persona, de cualquier poder, y, en el caso de que haga un trabajo ético, ahora sí al servicio de la patria”.

La prensa como espacio de libre deliberación

El rol de la prensa independiente en conflictos internacionales que involucren al país donde se origina esa prensa es, sobre todo, convertirse en un espacio de reflexión, de debate, de deliberación libre y abierta.

Un esfuerzo por informar y contar los hechos más allá de los sentimientos nacionalistas y los chauvinismos, más allá de los intereses incluso de los poderosos traficantes de armas que pasean por el mundo atizando fuegos patrióticos para vender sus herramientas de muerte.

La globalización informativa y la inmediatez con la que ahora la gente recibe las noticias del país y del mundo es otro factor importante en esta batalla mediática y ética.

Los medios y los periodistas, en especial quienes trabajamos en prensa escrita, tenemos la obligación de repensar la manera de hacer noticias para llegar a nuestros lectores no solo con información nueva y distinta a la que ya han visto o escuchado sino con información contextual donde no hablen por nosotros los mismos actores de siempre ni los analistas sesgados sino la propia gente afectada.

A los políticos y a los gobiernos no les interesa que se debatan los problemas de fondo y siempre aplicarán todas las estrategias para distraer la atención respecto de esos problemas o crear escándalos o escenarios (la teoría del caos) que nos hagan olvidar los temas fundamentales o que nos conviertan en potenciales víctimas de algo que va a ocurrir y de lo cual solo puede protegernos el poder con su estructura militar, ideológica, religiosa, social...

Ana María Miralles, investigadora y periodista colombiana, dice que los ciudadanos comunes no tenemos suficiente cultura política como para deslindarlos de quienes dicen sentir por nosotros, en este caso los presidentes Correa y Uribe.

“Este es uno de los grandes problemas de América Latina: tenemos que construir una cultura política madura que nos permita decir: señor Presidente, lo respetamos pero nosotros pensamos diferente. Sin embargo, al poder político le interesa que no pensemos, que no reflexionemos, que no seamos capaces de decirle al Presidente que no estamos de acuerdo con él”.

En estas circunstancias, ¿qué rol juega el periodismo “patriótico”? Ana María no cree siquiera en el concepto de periodismo patriótico, peor en sus supuestos beneficios.

Por el contrario, señala, muchas veces, especialmente en las grandes crisis, esa prensa se convierte en parte de la estrategia de los silencios en lugar de abrir los espacios para que la gente pueda deliberar francamente sin que la censuren o le impidan hablar porque “no está en la línea patriótica”.

En Colombia -afirma Miralles- el problema es que “se hace un periodismo tradicional que cierra

filas en torno a la soberanía nacional, un concepto circunstancial que deja fuera lo que los pueblos pensamos porque el concepto de seguridad impone la razón de Estado y los medios hacen el juego del consenso alrededor de la política oficial”.

Lo que hay que hacer desde el periodismo independiente es fomentar el conocimiento mutuo, el acercamiento a las cotidianidades, el descubrir quiénes son esos seres humanos que están al otro lado de una frontera política pero no humana.

Una libre deliberación, una exposición de los sentimientos sociales, una muestra de cómo estamos unidos a pesar de que los poderes luchan en el mar de sus vanidades: es la actitud de mirar las cosas desde otros puntos de vista la que nos lleva, por ejemplo, a lo que ha hecho Diario Expreso de Ecuador: mostrar y contar al lector la consistente hermandad que existe entre ecuatorianos y colombianos en los espacios más cotidianos de la vida.

Porque nos parecemos. Los dos países tenemos presidentes de carácter fuerte, con caprichos personales y egos muy inflados. Ambos países tenemos problemas para construir una mejor democracia. Ambos vivimos situaciones internas complejas, difíciles de resolver en el corto plazo. Millones de ciudadanos de ambos lados de la frontera común sufren por la exclusión social y la pobreza. Nos unen profundos lazos afectivos, comerciales, empresariales, culturales, históricos. ¿Realmente estamos divididos, realmente existe un conflicto entre los dos pueblos, realmente hay una crisis, más allá de lo que los dos gobiernos, cada uno con sus planes de perpetuarse en el poder y con distintos pero parecidos (vale la paradoja) modos de controlar y presionar a la sociedad.

Lo reitera Ana María Miralles y nosotros suscribimos sus palabras: “Tengo la impresionante sensación de que mientras los dos gobiernos confrontan, los dos pueblos sentimos otra cosa, una fraternidad y un amor a toda prueba”.

Tenemos en nuestras manos la posibilidad de ser fabricantes de odios o de fraternidades, de ser herramientas de la perversión del poder o del pensamiento crítico de la gente común.

Las semillas están en nuestras manos. Lejos del poder y cerca de la gente, los periodistas podemos sembrar dudas y afectos.

Referencias

- Colombo, Furio. *Últimas noticias del periodismo*. Madrid: Editorial Taurus, 1999.
- Martín Medem, José Manuel. *El periodismo patriótico*. Artículo difundido por la agenda de noticias EFE el 19 de junio de 2008.
- Kapuscinski, Ryszard. *Los cínicos no sirven para este oficio*. Anagrama, 2005.
- Natchwey, James. *Fotógrafo de guerra*, película documental.
- Entrevistas y notas realizadas por el autor de este ensayo en el diario Expreso de Guayaquil, Ecuador.
- Notas publicadas en los diarios El Tiempo, de Bogotá, y El País, de Madrid.